

ni en la tierra, ni habrá jamás quien se acerque á ella. Es la casta paloma, porque es llena de gracias: es singularmente escogida, porque no lo es simplemente para ser salva, sino para parir la salvacion. Las sesenta reinas, dice Mateo Cantacuzeno (1), son las almas de los mártires de uno y otro sexo, que compraron á su celestial esposo á costa de su sangre. Las ochenta concubinas ó mujeres de segundo orden y menos calificadas que las primeras son las almas de todos aquellos que renunciaron la esperanza de las cosas bajas y caducas por seguir únicamente á su divino esposo. Las doncellas sin cuentò son las almas de los que habiendo recibido el santo bautismo viven piadosamente bajo las leyes de la disciplina cristiana. Sobre todo esto hay una esposa singularmente amada, así como es singularmente amante, con quien no se igualarán jamás las otras, porque ella es sola en sus privilegios: esta es Maria, madre y esposa de Jesus.

IV. Lo mismo pensaron otros muchos doctores acerca de esta buena esposa y reina (2), á quien el real profeta da indécible honor en su sagrado epitalamio cuando dice: *Asistió la reina á su derecha con vestidura dorada..... Serán llevadas al rey vírgenes en pos de ella* (3). Con respecto á la parábola evangélica de las diez vírgenes que aguardan á presentarse al rey y á la reina, al esposo y á la esposa, pues que la mayor parte de los santos padres entienden por ese número de vírgenes todas las almas que tienen que comparecer delante de Dios, es de necesidad que siendo el esposo Jesucristo y no otro, la esposa que sale de la esfera comun y como que se iguala con su esposo,

(1) In cap. VI Cantic.

(2) S. Athanas., serm. de S. Deipara: Arnold. Carnot., tract. de laudib. Virg.: Hugo de S. Victor., Erud. theol., l. 2,

cap. 125: Petr. Damian., sermon. de Assumpt.: Hugo cardin. et S. Thomas in psalm. XLIII.

(3) Salmo XLIV.

sea esa misma princesa tan ensalzada sobre las almas comunes como los montes mas altos se elevan sobre los profundos valles.

V. Permíteme, santa señora, que me valga yo aquí de las palabras de un fiel siervo tuyo, el abad Guerrico, y me regocije contigo por el doble honor que recibiste de hospedar al rey de la gloria y lo que es mas, tenerle por esposo. Consiente que te diga con el mismo que de aquí adelante puedes disponer libremente de todos los bienes de tu divino hijo como reina madre, reina reinante y esposa de ese gran príncipe. Bastaria á tu modestia encontrar sosiego; pero te aguardaba la real diadema, porque quiere reinar contigo el que efectuó contigo en una misma carne y un mismo espíritu el misterio de piedad y unidad cuando sin quebrantar las leyes de la naturaleza y redoblando solamente los privilegios de la gracia te distinguió con el honor de elegirte por su esposa. Es llegado el tiempo de hacerte gozar de sus amorosos abrazos y pagar con usura las dulces caricias recibidas de tí en su infancia. Finalmente lleva á bien que yo te ofrezca los humildes sentimientos de todos tus súbditos, que de lo íntimo de su corazon te reconocen por legitima esposa de su soberano y se huelgan de tenerte por señora y reina, en cuya calidad te presentan sus súplicas y sus humildísimos servicios con un deseo muy ardiente de alabarte en compañía de tu esposo por los siglos de los siglos.

§. III.—Segundo título que obligó al Salvador á tomar por esposa á la vírgen Maria.

*El título de padre del siglo futuro.*

I. El segundo título que movió y como que obligó al Salvador á elegir una esposa, fué el de padre del siglo futuro.

turo que le da Isaiás (1). Todas las epistolas de S. Pablo vienen á parar en representarnos dos hombres que fueron padres y fundadores de dos estados, y si se quiere, de dos mundos: el uno es Adam y el otro Jesucristo. Aquel es llamado á veces por distincion el viejo Adam y este el nuevo. De aquel se dice que engendró hijos carnales por naturaleza; de este que los reengendró espiritualmente por la gracia: aquel los hizo para poblar la tierra, y este para llenar el cielo: aquel les dió el ser sin poder librarlos de la muerte, y este les comunicó el bienestar haciéndolos enteramente inmortales: aquel los produjo para el tiempo, y este para la eternidad. Por esto leen algunos en el pasaje citado de Isaiás *el padre de la eternidad* en lugar *del padre del siglo futuro*; y S. Gregorio Magno nota con mucha oportunidad que no sin particular designio de Dios se hizo el catastro del mundo al tiempo de nacer el Salvador, pues fué para dar á conocer que el que habia nacido con nuestra carne, era el mismo que hacia registrar en la eternidad todos sus escogidos. Aquel fué el padre de la muerte, y este de la vida: aquel es el padre del siglo presente de fatiga, de cautiverio y de desgracia; este es el padre del siglo futuro, siglo de descanso, de libertad y de felicidad: aquel dió al mundo hijos para hacerlos compañeros de su miseria; este los reengendró para hacerlos participantes de su gloria: aquel para multiplicar el mundo há menester de una compañera á quien habia de hacer la madre de los muertos; y este para renovarle se dignó de elegir una esposa que tiene el honor de ser la madre de los vivos.

(1) Isai. c. IX. v. 6.

*Primera semejanza del matrimonio de la Virgen con el de Eva.*

II. Aquí me detengo con el abad Ruperto, S. Buenaventura y algunos otros doctores para aprovecharme de algunas particularidades que concurrieron en la creacion y el matrimonio de la primera mujer y hacer ver que todo conviene admirablemente á la esposa de quien intento hablar. El primer escritor del mundo que extendió por escrito el contrato de matrimonio de nuestros padres, notó ante todas cosas que Dios, autor y mediador de él, dijo no ser conveniente que Adam estuviese solo, porque si no el mundo pereceria en su cuna; por lo cual le dió una ayuda semejante á él, es decir, una mujer que le sirviese de compañera, le ayudase á multiplicar el linaje humano y á criar los hijos que tuviera, finalmente en quien pudiese descargar parte del cuidado de su familia. Digamos con licencia y consentimiento del segundo Adam que tampoco convenia estuviese solo; porque aunque absolutamente hablando, hubiera podido sin otra asistencia poblar el nuevo mundo de que debia de ser padre, no obstante requería la razon que tuviese una fiel compañera, la cual fuera la madre, nodriza y aya de todos sus hijos espirituales, los gobernase con la bondad y cariño propio singularmente de las madres y tuviese particular cuidado de la gran casa de la iglesia, cuyo único padre de familia es Jesucristo.

*Segunda semejanza.*

III. En segundo lugar Dios para obligar á Adam de todos modos á amar á su compañera y esposa quiso que en cierta manera fuese su hija, formándola de una costilla de aquel: semejanza admirable con la madre de Dios, á quien hemos considerado mas arriba con los santos pa-

dres como la hija primogénita del Redentor (1), y ahora la vemos con el título y derecho de esposa para bien de toda la posteridad.

*Tercera semejanza.*

IV. En tercer lugar Eva fué sacada de la costilla de Adam, cuando el cuerpo de este se hallaba sepultado en el sueño y su alma velando y gozando de un dulcísimo éxtasis, que le hacía ver con los ojos del espíritu los grandes misterios escondidos bajo del acto que se ejecutaba en él, sin advertirlo exteriormente. Los santos doctores atestan que este sueño del primer hombre fué la imagen del misterioso sueño de amor, de que el Salvador quedó embargado en el árbol de la cruz (2), cuando se olvidó de sí propio y de sus tormentos para acordarse de nosotros, y cuando echó el sello á sus méritos. Entonces la Virgen fué sacada la primera del precioso costado de su hijo y en el mismo instante fué unida á él en calidad de esposa en una misma carne y en un mismo espíritu, según he dicho mas arriba, para producir con él todos los hijos de adopción.

*Cuarta semejanza.*

V. En cuarto lugar se dice que Dios formó una mujer de aquella costilla; palabras eficaces para persuadir lo que he sentado al principio de este tratado y en otros lugares; á saber, que nuestra señora no fué un diseño antiguo renovado, sino la santa y augusta casa del Verbo divino edificada desde el cimiento hasta el tejado para solo el fin

(1) Trat. 1, c. 4 y 8. Bros. Cathar., De concept. immacul., l. 3, c. 4.

(2) Esto lo explica bien Am-

de servirle de madre, esposa, compañera y todo lo que deduciré despues mas largamente.

*Quinta semejanza.*

VI. En quinto lugar observan los intérpretes que aunque Dios dispensó despues en cuanto á la pluralidad de las mujeres para la propagacion de la especie humana, no obstante no lo quiso hacer por entonces con Adam, para que no hubiera mas que un solo hombre y una sola mujer, que fuesen cabezas de nuestro linaje, y á ellos solos se refiriera finalmente toda la posteridad de los hombres. De la misma manera quiso Dios que todos tuviésemos en calidad de hijos de adopción nuestra eterna felicidad de un solo padre y de una sola madre, que son el padre y la madre del siglo futuro, cuya descendencia espiritual debe de exceder á las arenas del mar y á las estrellas del firmamento.

*Sexta semejanza.*

VII. En fin viendo Adam á su mujer en su presencia despues que despertó, y conociendo el designio de Dios, la llamó Eva, que equivale á madre de todos los vivientes. El abad Ruperto no puede llevar con paciencia (1) que Adam le diese este nombre, especialmente despues del pecado, cuando por decirlo así estaba condenada á parir solamente hijos muertos. Pero S. Atanasio disculpa el designio del primer hombre diciendo (2) que dió este nombre á su mujer mas por figura que por realidad, mas en consideracion de lo que representaba, que

(1) Sobre aquellas palabras del c. III del Génes.

(2) Serm. de S. Deipara.

de ella misma, que habia ayudado á corromperlo todo. En efecto solo á la virgen María corresponde ser la madre de todos los vivientes en calidad de madre y esposa del que es padre de la vida y rey del siglo futuro. Con este motivo observa Dionisio el cartujo que la palabra Eva tomada exactamente significa la vida para manifestar que la segunda Eva no tanto es viviente como la vida misma, por quien respiran todos los que tienen la vida espiritual de la gracia y por quien esperan la eterna de la gloria, sin lo cual no pueden esperar ningun bien, así como no pueden vivir sin vida.

Digna madre de la vida, digno esposo que has de honrar su tálamo nupcial con un número sin cuento de hijos y poblar el cielo de una santa descendencia, que cantará por siempre las alabanzas y grandezas de la una y del otro, bendigamos sin cesar las estrellas de la mañana, y canten los ángeles á coros: Benditos sean el esposo y la esposa; y el cielo responda acorde un millon de veces: Amen.

§. IV.—Contrato de matrimonio entre el rey de la gloria Jesucristo y la bienaventurada Virgen su esposa.

*La pretension amorosa.*

II Cuatro cosas componen un contrato de matrimonio; á saber, la pretension amorosa, las promesas de futuro, la entrega de los cuerpos y el concierto de los artículos propuestos. En quanto á lo primero, habiendo sido siempre la costumbre de todas las naciones que el futuro esposo requiera de amores y no la esposa, no quiso el Verbo divino excusar este testimonio de cariño, pues por su infinita bondad previno á la Virgen santísima y le envió la embajada del parentesco que el cielo deseaba contraer con ella. S. German de Constantinopla lo

asegura formalmente (1) cuando con este motivo llama á María la virgen pretendida. La misma observacion hace el abad Ruperto en dos diversos lugares de sus comentarios sobre el Cantar de los cantares (2) considerando especialmente que el esposo es siempre el primero á alabar á su esposa y decirle que le parece hermosa y agraciada sobre toda hermosura. Vé aqui las palabras que el divino esposo dirige á la Virgen por boca de Hugo de san Victor (3): Amada mia, te ruego me muestres ese rostro tanto tiempo deseado, porque si yo soy hermoso por excelencia, sé tambien que tú eres hermosa. Si yo soy tal por naturaleza, tú lo eres por gracia: si yo soy hermoso en perfeccion, porque toda la hermosura imaginable está en mí, tú eres al mismo tiempo hermosa sin tacha, y no hay en ti mancha, ni defecto alguno. Tu integridad virginal te hace hermosísima en quanto al cuerpo, y tu profunda humildad te hace aun mas hermosa en quanto al alma. En una palabra eres toda hermosa, porque la hermosura, la gracia y el decoro resplandecen en tí. Por boca del emperador Mateo Cantacuzeno le dice que es hermosa como la misma gracia, porque así vierte el devoto principe las palabras del capítulo VII de los Cantares: *¡Cuán hermosa eres y cuán graciosa, oh carísima, en las delicias* (4). Por boca del humilde contemplativo le dice que tiene tantas hermosuras como virtudes (5). Por la del rey Salomon, uno de sus abuelos, la convida á levantarse prontamente, porque ya ha pasado el rigor del invierno, las lluvias han cesado y ha venido el buen tiempo, los árboles empiezan ya á florecer y las aves á gorjear. Insiste aguijoneado de santa impaciencia y la ruega que

(1) Orat. de nativit. B. Virg. (4) Cantic. VII.

(2) Lib. 4 y lib. 5. (5) Idiota, Contemplat. de B.

(3) Serm. de Assumpt. Virg. c. 2.